

Síndrome 1933

SIEGMUND GINZBERG

Traducción de Bárbara Serrano Kieckebusch

Título original: *Sindrome 1933*

© Giangiacomo Feltrinelli Editore s.r.l. Milano

© de la traducción: Bárbara Serrano Kieckebusch, 2024

© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024

Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

ISBN: 978-84-129125-2-4

Depósito legal: B-18354-2024

Impresión: Estilo Estugraf Impresores S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

«Estaba desesperado. El malnacido que me robó el perro no sabe cuánto daño me hizo.» Quien habla no es Donald Trump, ni Vance, su candidato a la vicepresidencia. Es Adolf Hitler, en una de *Las conversaciones íntimas* registradas durante la Segunda Guerra Mundial por su secretario, Martin Bormann. Relata sentidamente la pérdida de *Fuchsl*, el perrito vagabundo que el futuro Führer encontró y adoptó en las trincheras de la Gran Guerra. El animal se encariñó con él. Hitler lo amaestró para que hiciera números de circo. «Con mucha paciencia», porque el can «no entendía ni una palabra de alemán». Le daba galletas de chocolate para comer. «Se había acostumbrado a ellas con los ingleses, que estaban mejor alimentados que nosotros [los alemanes]», les explica a unos comensales. Dejó a *Fuchsl* atado en la trinchera antes de participar en una misión en la línea del frente y a su regreso había desaparecido. *Fuchsl* tuvo un triste final. Probablemente, devorado por los compañeros, siempre necesitados de suplementos proteínicos para su escasa dieta (también comían ratones o restos de caballos muertos, como narra el propio Hitler en otros pasajes).

Despiadados con los seres humanos, compasivos con los animales. Entre las primerísimas medidas aprobadas

por el gobierno de Hitler, después del decreto que disponía que se expulsara inmediatamente de los territorios del Reich a los inmigrantes clandestinos (casi todos judíos, huidos de la miseria, la guerra y los pogromos del Este), figuraba una «Ley contra la crueldad hacia los animales», promulgada en abril de 1933 (Hitler había sido nombrado canciller a finales de enero). Fue una ley pionera, y la más avanzada del mundo. Prohibía la vivisección, los experimentos médicos con animales, cualquier forma de «tormento y maltrato» y toda clase de «dolor y sufrimiento innecesarios» (como se recoge en su primer artículo). En particular, proscribía el sacrificio ritual practicado por los judíos, que implica el desangramiento de la bestia. Con suma atención al detalle, artículo por artículo, página por página, prohibía la eutanasia de los animales domésticos enfermos (salvo si la llevaba a cabo un veterinario), la amputación de las orejas o el rabo de los cachorros de más de dos meses (a menos que se hiciera bajo anestesia) y la de la cola de los caballos. Prohibía las cacerías con jaurías y sobre todo la caza del zorro, una barbaridad británica. Prohibía aturdir o anestesiar a los animales antes de sacrificarlos. Incluso cocer langostas o cangrejos en agua que no estuviera en ebullición. No se trataba de una normativa improvisada: el asunto había sido discutido intensamente entre los funcionarios del Ministerio del Interior, responsables de redactar el texto. Dos de ellos incluso habían escrito un tratado científico sobre el tema.

La ley preveía penas muy duras. Cuando aún no había sido aprobada, el vicescanciller del Reich, Hermann Göring, ya amenazaba con encerrar a los infractores en campos de concentración (nótese que esto sucedía antes de que el régimen reconociera su existencia). «El pueblo alemán siempre ha mostrado un gran amor por los animales y siempre se ha preocupado por su protección», declaró. Hasta que

la compasión se había perdido «bajo la influencia de concepciones de la justicia extranjeras y por una extraña interpretación de la ley, debido a que el ejercicio de la justicia se hallaba en manos de gente ajena a la nación» (es decir, en manos de judíos, los inmigrantes por antonomasia).

El doctor Mengele, absolutamente respetuoso con la ley, al igual que sus colegas médicos de Auschwitz, no practicaba la vivisección de animales. Sus horribles y sádicos experimentos, sin anestesia, los realizaba con seres que él consideraba subhumanos y muy inferiores a los animales. Volvía a casa del trabajo y abrazaba a su perro. Los perros y los gatos de los judíos habían sido exterminados incluso antes que sus dueños.

Hitler era rigurosamente vegetariano. Tuvo numerosos perros por los que sentía un enorme afecto, hasta la última, una pastor alemán llamada *Blondi*, a la que quiso a su lado en el búnker de Berlín, donde la envenenó amorosamente antes de suicidarse. Consideraba que los judíos eran unos inmundos «comedores de carne». Carroña que se alimentaba de carroña. En la propaganda nazi, la compasión alemana por los animales se confrontaba con el horror de la crueldad atávica y genética de los hebreos. El exterminio se anticipó mediante intensas campañas masivas. *Der Stürmer*, el repugnante pero ampliamente difundido periódico de Julius Streicher, *Gauleiter* de Núremberg, publicaba sistemáticamente artículos y viñetas que denunciaban los espantosos sacrificios rituales que practicaban los judíos. No podía faltar una escena de sombríos individuos de caricaturesca fisonomía semítica degollando a una pobre vaca inmovilizada y vertiendo su sangre con ademán satisfecho y demoníaco. En otras ilustraciones, los desalmados judíos sacrifican a inocentes chiquillos o a niñas desnudas sometidas a su voluntad. Como es natural, todas las víctimas, sean vírgenes o reses de tierna mirada, son de

un blanco immaculado, y las chicas, siempre rubias. Por contraste, sus asesinos y torturadores presentan rasgos africanos, labios gruesos y narices aguileñas, y visten colores oscuros. El mal es negro; la víctima, nórdica.

Der Stürmer dedicó un número especial a la salvaje fábula medieval según la cual los judíos secuestraban y degollaban a niños cristianos para aderezar con su sangre el pan ácimo del Pésaj. Eso resultó excesivo incluso para los nazis. Hitler ordenó prohibir la edición. No se sabe si porque era demasiado sangrienta y antisemita, o por ser demasiado pornográfica, con abundantes chicas desnudas. Hasta su prohibición, había tenido unas ventas exorbitantes: más de dos millones de ejemplares. El periódico, que había nacido en 1923, siguió publicándose hasta casi el final de la contienda. En cada remota aldea de Alemania había un mostrador especial donde se exhibía, con las morbosas ilustraciones a la vista.

La patraña de los inmigrantes clandestinos haitianos de Ohio que roban perros y gatos y se los comen, aireada por Trump, será recordada como uno de los temas clave de las elecciones presidenciales estadounidenses de 2024. (Escribo esto antes de que tengan lugar, por lo que aún no sabemos si el bulo de las mascotas devoradas logrará restar o sumar votos al candidato republicano.) La famosa frase de Goebbels de que una mentira repetida una y otra vez se convierte en verdad no lo explica del todo. Lo que importa de una mentira no es su veracidad ni su verosimilitud, sino las emociones que despierta. Para fundamentar sus horrendas invenciones, Streicher creó un centro de documentación y una biblioteca muy bien surtida, que reunía las pruebas «irrefutables» de antiguas leyendas medievales y recortes de periódico, especialmente crónicas judiciales. El judío violador, el judío ladrón y embustero, el judío asesino y un largo etcétera. Allí trabajaban decenas de

«especialistas», junto con supuestos profesores y periodistas. Qanon, el Foro de Madrid, el Proyecto 2025 trumpiano y «la Bestia»¹ de Salvini no han inventado la pólvora.

Trump y Vance no son estúpidos. Saben muy bien lo que hacen. Escogieron a Vance como candidato a la vicepresidencia precisamente para consolidar a Trump en los pequeños pueblos del corazón de la Norteamérica profunda, como Springfield, en Ohio. Ahí es donde se concentra la base electoral republicana. Paralelamente, el cine y la literatura viven un resurgimiento de la ciencia ficción y la política ficción apocalípticas. Por ejemplo, la película *Civil War*, de Alex Garland, imagina unos Estados Unidos que, debido a un presidente que se resiste a abandonar la Casa Blanca, se transforma en un inmenso campo de batalla, en pura devastación y ruina, con ejecuciones sumarias y otros horrores equiparables a los de Gaza y Ucrania. Qué buena idea: ¿quién no tiene en mente lo que se ve cada día en televisión, quién no recuerda las escenas del asalto al Capitolio, quién olvida que Trump todavía no ha aceptado el último resultado electoral e insiste en que, si no gana, tampoco reconocerá el próximo? ¿Quién no se ha estremecido al pensar en lo que habría ocurrido si los atentados contra Trump hubieran logrado su objetivo?

Las analogías son un terreno resbaladizo. Pero también han sido siempre una herramienta para entender el mundo. Con este libro nunca he pretendido sugerir que vayan a repetirse los acontecimientos. Por una suerte de superstición, deseaba conjurar el peligro enumerando todo lo que recuerda al clima de la década de 1930 en Alemania y que resulta imperioso frenar. En cambio, cuando regreso a estas páginas, constato perplejo que las cosas siguen em-

1. Apodo de Luca Morisi, responsable de la agresiva estrategia de comunicación de la ultraderechista Liga de Salvini. (Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora.)

peorando. Nos acercamos a los años treinta del siglo XXI. La crisis que amenaza a Europa, a América y al mundo entero es distinta de la de entonces. Y sin embargo, impresiona ver cómo se repiten ciertas situaciones, no idénticas, pero sí parecidas, análogas. Así como se repite la disyuntiva de salir de una crisis en una dirección y también en la dirección opuesta, el que la democracia ya no se dé por sentada ni esté garantizada para nadie. Y que uno pueda encontrarse al borde del abismo sin advertirlo siquiera.

Trump no es nazi. Tampoco lo son Santiago Abascal, ni Marine Le Pen, ni Giorgia Meloni, ni Javier Milei, ni Viktor Orbán, ni siquiera Matteo Salvini. Cuesta más afirmarlo respecto a los vencedores de las elecciones generales austríacas de septiembre de 2024, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), cuyo primer presidente fue Anton Rainthaller, antiguo miembro de las SS. Y también resultan especialmente inquietantes los resultados electorales de Turingia en ese mismo mes: la ultra Alternativa para Alemania (AFD) fue el partido más votado, y en tercer lugar quedó la durísima Alianza Sahra Wagenkencht (BSW), un aterrador ejemplo de rojipardismo. Pero todos ellos tienen una importante deuda con su base electoral y con los «camaradas» con los que han librado tantas batallas. «Esta gente me quiere. Es mi gente. No puedo apuñalar por la espalda a la gente que me apoya.» Así explicó Donald Trump a su colega republicano Paul Ryan su apoyo a los golpistas del asalto al Congreso del 6 de enero de 2021.

Al Hitler consagrado en 1933 no lo vieron venir. Comentando el último resultado electoral en Alemania, un respetable político francés, de izquierdas y judío, escribió que Hitler era «el símbolo del cambio, de la renovación, de la revolución». Se habían celebrado las elecciones al Reichstag del 31 de julio de 1932. El Partido Nacionalsocialista había obtenido el mejor resultado que logró en unos comicios

aún libres y democráticos. El centro y la izquierda sumaban más votos que él, pero se mostraban incapaces de ponerse de acuerdo. Quien expresó la anterior opinión sobre Hitler, publicada en *Le Populaire* el 3 de agosto de 1932, se llamaba Léon Blum. Desde luego, no era admirador de Hitler. Era el líder de los socialistas franceses. En 1936 sería nombrado primer ministro del gobierno del Frente Popular. En 1943, la república títere de Vichy lo procesaría y entregaría a los nazis, que lo encerraron con su mujer en Buchenwald.

Blum estaba convencido de que en Alemania había personajes peores y más reaccionarios que Hitler. Creía que habría resultado «aún más desoladora» una victoria de los viejos bribones de la política y de la derecha. Por ejemplo, de Von Papen, el centrista católico y excanciller, que presuntamente ideó el gobierno encabezado por Hitler con él mismo como vicecanciller, con la ilusión de tener la sartén por el mango. O el general Von Schleicher, el último canciller antes del Führer: pretendía que el Ejército interviniera contra los nazis, por lo que las SS lo asesinaron en la Noche de los Cuchillos Largos. Blum consideraba que Hitler representaba «lo nuevo», «el cambio», «la renovación», incluso la «revolución» en una Alemania anquilosada, con la República de Weimar en fibrilación. Él, un judío sometido al escarnio permanente de los antisemitas franceses, sostenía que el antisemitismo y el racismo de Hitler expresaban también los «instintos contradictorios, todas las inquietudes, las miserias y las sublevaciones de la Nueva Alemania». En definitiva, el prestigioso referente del socialismo de la década de 1930 exponía exactamente los mismos argumentos que algunos esgrimen hoy para explicar el consenso en torno a Donald Trump. Teniendo en cuenta la aprobación de la que goza entre los jóvenes, incluso en la comunidad negra y la hispana, dicho consenso derivaría de su condición de verdadero hombre nuevo,

antisistema, abanderado del dinamismo frente al estancamiento, de la arrogancia frente al *establishment*. No obstante, hay una diferencia con el pasado: esta vez sí que los vemos venir.

Entre los lectores de esta obra destaca uno cuya opinión me ha asombrado: el papa Francisco, que la ha citado en varias ocasiones, invitando a leerla, a pesar de que el autor no es creyente, es judío y un intelectual que durante muchos años escribió para el periódico del Partido Comunista Italiano. Espero que también le guste mi nuevo libro, que publicará en Italia Feltrinelli, sobre las guerras atroces y las paces ambiguas de la antigüedad, que se asemejen bastante a las actuales. La primera vez que hablé de *Síndrome 1933* fue en ocasión de la visita al Vaticano de Pedro Sánchez, en vísperas de otras elecciones presidenciales en Estados Unidos, en 2020. Trump perdió; ganó Biden. La mitad de los nueve minutos de aquella audiencia estuvo dedicada al libro. Según el papa Francisco, «quienes gobiernan deben hacer progresar el país, consolidar la nación y construir la patria, pero una patria con todos». Su misión, la misión de la política, afirmó, «es una forma muy alta de la caridad y del amor». En el mundo entero, la política se encuentra en uno de sus momentos más bajos, exactamente igual que en la República de Weimar. Pero estoy convencido de que también sigue siendo lo único que puede salvarnos.

SIEGMUND GINZBERG, septiembre de 2024

COSAS QUE YA SE VIERON EN EL 33

Un pacto de Gobierno entre dos partidos que se habían insultado hasta el día anterior. Con la mediación de alguien que se creía más listo que los demás. Hitler radiante en el balcón. Los socialdemócratas le restan importancia: «Hitler no es Mussolini, Alemania no es Italia», «durará poco». Los comunistas están esperando la revolución. Últimamente debaten si las tiendas deben cerrar en Nochebuena.

El año se presentaba rutinario. Como de costumbre, los partidos discutían. Sobre las cosas de siempre. Ninguno tenía la mayoría. Entonces llegaron las frenéticas negociaciones. Entre polémicas, vetos cruzados, encuentros secretos y maniobras bajo mano. Hasta la víspera, es más, hasta minutos antes, nadie habría apostado a que el anciano presidente iba a nombrar canciller a Adolf Hitler. Ni siquiera al frente de un Gobierno de consenso entre partidos que habían estado peleándose a muerte, insultándose mutuamente.

Hacía tiempo que se intuía una convergencia entre la vieja centroderecha del magnate de los medios Alfred Hugenberg y el nuevo populismo agresivo de los nacionalso-

cialistas de Hitler. De hecho, ya habían intentado llegar a un acuerdo. Pero no lo habían logrado. El centroderecha tenía demasiados gallos en el gallinero, los empresarios y la élite desconfiaban de los populistas. Parecía que ese matrimonio no iba a producirse. Y sin embargo...

CONTRATO DE GOBIERNO CON MEDIADOR

El 30 de enero de 1933 cayó en lunes. Un día frío pero seco. Por la mañana aún no estaba claro cómo acabaría la jornada. En cierto momento había corrido el rumor de que se habían roto las conversaciones para un nuevo Gobierno y que Hitler ya viajaba de vuelta a Múnich. El embajador británico había informado a su país de que el presidente se disponía a encargar el mandato a Von Papen. En efecto, las negociaciones avanzaban a buen ritmo.

Entre las nueve y las diez los dos máximos representantes del Stahlhelm (los Cascos de Acero, la potente asociación de excombatientes ultranacionalista), Theodor Dusterberg y Franz Seldte, se presentaron en el apartamento que Von Papen tenía en el Ministerio del Interior. Papen intentó convencerlos de que entraran en un Gobierno de coalición presidido por Hitler. Alterado, les dijo: «Si a las once no está conformado el nuevo gabinete, intervendrá el Ejército. Existe la amenaza de una dictadura militar encabezada por Schleicher». Más tarde llegaron también Hitler y Göring. Dusterberg ni siquiera los saludó. No perdonaba cómo lo había atacado la prensa nazi durante las elecciones presidenciales de 1932 llamándolo judío (de hecho, uno de sus abuelos se había convertido al cristianismo, pero en aquella época Dusterberg no lo sabía). Hitler se le acercó y juró que jamás había autorizado, ni mucho menos ordenado, aquellos ataques personales. Desarmado por el

gesto, Dösterberg dejó de lado sus objeciones a que se incorporara al Gobierno un representante del Stahlhelm. A ministro regalado no se le mira el diente. Seldte aceptó con entusiasmo el Ministerio de Trabajo. Prosiguieron las nerviosas negociaciones en la antecámara del presidente de la República, donde habían sido emplazados a las once. Hitler hacía promesas, tranquilizaba a unos y otros. El conde Schwerin von Krosigk, un político que ya había servido en gobiernos anteriores, también había sido convocado, y todavía se ignoraba por qué. Solo en el último instante le dijeron que querían que fuera ministro de Finanzas. Él aceptó con una única condición: que le permitieran mantener el presupuesto en orden, sin rebasar el déficit. Se lo aseguraron, mintiendo a conciencia. Hugenberg, el líder de los nacional-populares y dueño de la mitad de la prensa, ya había acaparado ministerios, pero minutos antes de su juramento estuvo a punto de dinamitarlo todo: no le habían dicho que Hitler había decidido convocar de inmediato nuevas elecciones y temía, con razón, que su Partido Nacional del Pueblo Alemán quedara eclipsado. Hitler le dio su palabra de honor de que, fuera cual fuese el resultado de los comicios, esa composición del Gobierno permanecería intacta. Pero Hugenberg no cedía: nada de elecciones anticipadas. «¿Cómo puede dudar de la palabra de honor de un alemán?», intervino Von Papen. Hitler mentía. Von Papen mediaba, persuadía, mentía también. La disputa solo acabó cuando el jefe de gabinete de la Presidencia de la República, Otto Meissner, entró con el reloj en la mano y les aseguró que no podían seguir haciendo esperar al presidente. Al final, quien juró su cargo a mediodía fue Hitler. Tenía cuarenta y tres años.

Contraviene todas las reglas anticipar el final de una historia, quiénes son los culpables, qué les ocurre a los protagonistas. Pero no me resisto a contarlos aquí y ahora, aun

a riesgo de hacer un *spoiler*, de arruinar el suspense. De las partes originales del «contrato» de Gobierno solo sobrevivió una, que engulló a la otra. Hugenberg se mantuvo en el cargo menos de seis meses, de enero a julio. Su Partido Nacional del Pueblo Alemán se disolvió en el Partido Nacionalsocialista. Más tarde también le arrebataron los periódicos. Pero conservó el escaño y las dietas de diputado hasta 1945. «Cometí la mayor estupidez de mi vida. Me alié con el peor demagogo de la historia...», se le atribuye. Quizá sea una declaración apócrifa, quizá nunca dijo esto o no con estas palabras. Pero desde luego refleja la verdad.

El líder de los «nacionalistas con casco», Düsterberg, escapó por los pelos a la Noche de los Cuchillos Largos de 1934, y acabó en un campo de concentración por haber criticado al Gobierno. Además era culpable de ser medio judío. Seldte, que se había pasado en cuerpo y alma a los nazis, siguió siendo ministro de Trabajo hasta el fin del Tercer Reich.

Von Papen, el aprendiz de brujo que hizo canciller a Hitler creyendo que lo engañaría, también se libró por poco de la Noche de los Cuchillos Largos. Se le atravesó a Hitler con el discurso que dio en Marburgo en junio de 1934, en el que condenó el «falso culto a la personalidad», el «fanatismo de los fanáticos doctrinarios», la intolerancia a cualquier crítica. Sus principales colaboradores, empezando por Edgar Jung, que había redactado el discurso, pagaron con la vida. En cambio, Von Papen logró hacerse perdonar y sobrevivir. Mantuvo una reunión aclaratoria con Hitler, del tipo «una llamada que te salva la vida», y fue disculpado. Tal vez porque el canciller no quería provocar al presidente de la República. Aunque era mayor y estaba enfermo, Hindenburg tenía autoridad sobre el Ejército. Se rumoreaba de nuevo que declarararía la ley marcial si Hitler no frenaba la violencia de las SA: Hitler mandó asesinar al líder de las SA, Röhm, y a todo su Estado Mayor, y se reservó a

Von Papen. Este, destituido, siguió sirviéndole de rodillas como diplomático. Firmó, junto con el cardenal Pacelli, el Concordato entre la Alemania nazi y el Vaticano de Pío XI: en la práctica, la sentencia de muerte del Zentrum católico. Fue embajador en Viena para preparar el *Anschluss*, y después en Ankara para intentar arrastrar a Turquía a la guerra del lado de Alemania, pero fracasó. Acabó en el banquillo de los acusados en Núremberg. Pero no había perdido la costumbre de caer siempre de pie: fue absuelto y liberado en segunda instancia.

En el Gobierno que juró el cargo ese 30 de enero, los nazis estaban en visible minoría. Si bien era el primer partido, con un 33 por ciento del sufragio, se había conformado con solo dos ministros: Frick en Interior y Göring sin cartera (aunque en realidad era el ministro del Interior bis: días más tarde, como ministro del Interior de Prusia, asumiría el control de las fuerzas policiales de tres quintas partes de Alemania). Los más prepotentes fingían «humildad». La parte del león se la llevó el otro signatario principal del contrato de Gobierno, perdón, del pacto de Gobierno, el Partido Nacional Popular de Hugenberg. Con algo más del 8 por ciento, tenía el triple de ministros que los nacionalsocialistas. Acumulaba los ministerios de Economía, de Desarrollo y de Agricultura tanto del Reich como de Prusia. Sacaba oro de las reservas de consenso y clientelismo, se arrogaba el papel de *Wirtschaftsdiktator*, de zar de la economía. Los demás ministros, incluidos el de Defensa y el de Exteriores, eran «técnicos» afines al presidente. Von Papen, el católico de derechas que había fraguado toda la operación, conservó para sí el puesto de vicescanciller y de comisionado para Prusia. Hitler y Hugenberg sumaban 248 escaños de 584. Para tener mayoría habrían necesitado al menos 40 más. Por eso la lista de ministros estaba incompleta: habían dejado vacante el Ministerio de

Justicia con la esperanza de incorporar también al moderado Zentrum católico de monseñor Ludwig Kaas, con 75 diputados. No lo consiguieron. Los católicos no entraron en el Gobierno de Hitler, pero votaron la reforma constitucional que le permitió prescindir del Parlamento.

ESCENAS DE JÚBILO DESDE EL BALCÓN

La radio anunció el nombramiento de Hitler poco después de las 13.00. Seguidores extasiados y simples curiosos empezaron a agolparse en la Wilhelmstrasse, frente al imponente Kaiserhof, el principal y más emblemático hotel de Berlín. Allí tenía Hitler su residencia y oficina en la capital. Junto con su equipo y sus guardaespaldas ocupaba toda la planta superior. En la calle esperaban los vehículos de los noticiarios cinematográficos. Sonriente, Hitler salió al balcón para saludar a la exultante muchedumbre. No había micrófonos. No se ve el movimiento de los labios. Así que no podemos saber si dijo «lo hemos conseguido».

Ya había anochecido cuando —«a las ocho en punto», como señaló un diario local— comenzó el desfile oficial, con banderas y esvásticas, hombres de las SA y de las SS con uniformes y antorchas. Hitler se asomó a otro balcón o, mejor dicho, por una ventana: la de la Cancillería de la que había tomado posesión.

De ese día nos han llegado retratos suyos con chaqueta cruzada y corbata. No estamos acostumbrados a ver fotografías de Hitler vestido de civil. Las hay, pero él prefería aquellas en las que aparecía uniformado. El suyo era un traje de Führer, diseñado para él. Ni en el cénit de sus delirios de omnipotencia habría aceptado disfrazarse con un uniforme que no le correspondiera como, por ejemplo, el de oficial de la *Wehrmacht* o de la Policía del Estado.